

ANDRÉS SABELLA

L A U T A R O Y A N K A S Y S U
C R I O L L I S M O

SI BUSCÁSEMOS un punto de apoyo para mover, de allí, el haz del Criollismo, tendríamos que atravesar un siglo y alcanzar hasta los octosílabos de Esteban Echeverría, el poeta de *La Cautiva*, para encontrar en sus décimas las primeras cales verdaderas de esta corriente literaria. Nydia Lamarque¹, asegura que:

“*La Cautiva* es el momento, decisivo para él como ninguno, en que el concierto solemne que brotaba de la tierra natal, logró vencer en el alma de Echeverría los coros agudos de su propio destino” (pág. 55).

La Cautiva apareció en 1837, tres años después de *Los Consuelos*, que ostenta un mérito precursor: fue el primer libro publicado en el Plata. En 1842, actuando entre nosotros la emigración argentina que esplendía en las cabezas de Sarmiento y Vicente Fidel López, Lastarria pronunció su discurso del 3 de mayo, incitando a los futuros escritores chilenos a penetrar en el hechizo de nuestra naturaleza:

“La naturaleza americana tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza que le brindan”.

Esta frase fue el primer hachazo del pionero. Lastarria llamó la atención hacia el paisaje (Ercilla no le prestó ni sus-

¹Echeverría, *El Poeta*, Buenos Aires, 1951.

pensión ni mirada; Oña fantaseó; Ovalle contempló de lejos, desde la nostalgia). De aquel momento, verdecido por el hallazgo, quedó vibrando la orden de esclavizarse a su opulencia; pero, el mensaje no maduró tan luego; transcurrieron, exactamente, setenta años antes que despuntara su victoria. En 1912, Mariano Latorre cogió el cuerpo, todavía débil, de la tendencia para cuidarlo y nutrirlo: publicó sus *Cuentos del Maule*. Domingo Melfi², opinando de Latorre, escribe que:

“El campo es la constante en su obra y la función que él concede al personaje es, a veces, inferior en intensidad a la naturaleza” (pág. 159).

Y en la misma obra (nueve páginas separan ambos juicios), premia a Jotabeche con las palmas de haber proporcionado a nuestras letras, en sus *pinceladas sobre las regiones del norte, los primeros paisajes que asoman... / Los primeros en objetividad, desnuda, nítida*. Cuando al final de su carrera, editó Latorre su *Autobiografía de una Vocación*, recordaba que, al empezar su vida literaria, se propuso salvar este vacío de la mirada patria, exaltando la hermosura múltiple del paisaje nacional:

“¿No existía Chile? ¿No eran dignos de ser héroes novelescos los pescadores del Maule y de otras regiones? ¿Y nuestros paisajes con la novedad de sus selvas, de sus ríos indómitos y de sus misteriosos ventisqueros?”

Contra el Criollismo se alzan críticas diversas. Milton Rosel las fija en tres fundamentales³: el Criollismo embarró sus botas, caminando, de preferencia, por nuestros campos; no buceó en

“lo representativo y profundo del alma autóctona” (pág. 14),

y pensó en la existencia del chileno, como pueblo,

²*El Viaje Literario*, 1945, Nascimento.

llismo, Separata de la Revista “Atenea”, Abril de 1955.

³*Significación y Contenido del Crio-*

“con características fijas, permanentes, como las poseen las viejas razas europeas o asiáticas” (pág. 16).

Polémicas enconadas han subido y aplastado a nuestros escritores criollistas. Ricardo A. Latcham sostiene que⁴:

“No ha muerto el criollismo, no; lo que ha muerto es su estatismo y su sentido de escuela cerrada e inmóvil, que mira con hostilidad a las nuevas promociones o a las tendencias alejadas de la anécdota, superrealistas o que son simplemente producto de la imaginación desbrida” (pág. 44).

Lautaro Yankas (nacido en Talca, en 1902), nunca negó su filiación criollista. Bastaría reparar que a su nombre y apellidos —Manuel Soto Morales— prefirió el pseudónimo cargado por el fluido de los símbolos. Al fundar “Mapu” (Revista Americana de Cultura), en 1954, estampó, en su primer editorial, estas palabras con relumbro de bandera:

“Afirmamos en MAPU una fisonomía propia, un carácter, como lo tienen, inconfundible, nuestra tierra, nuestro paisaje”.

No es Lautaro Yankas un criollista embridado a las huellas de Latorre. Siempre arde en sus páginas un perfil inconfundible, un superior aroma lírico:

‘Ahí estaba la mujer, pegada al filo del rancho como un gajo arrancado a la noche’⁵ (pág. 32).

“Todo tenía su tiempo: el hombre cogía la esperanza y el azar hacía el resto, daba la sazón” (pág. 71).

La contribución de Yankas a nuestra literatura no es escasa ni en tomos ni en tonos. No menos de doce obras levantan sus aportes de novedad y autenticidad al desarrollo del espíritu creador chileno. Luis Merino Reyes califica al recién citado *Rotos*⁶, de:

“...acuarela límpida de nuestros campesinos vagabundos” (pág. 132).

“La historia del Criollismo”, *El Criollismo*, Colección Saber, 1956, Editorial Universitaria, S. A.

⁵*Rotos*, 1946, “Zig-Zag”.

⁶*Panorama de la Literatura Chilena*, Pensamiento de América, 1959.

Yankas confiesa que en su historia se conjugan dos matices: uno de *gravitación psicológica antes que realista*⁷, del que serían ejemplos sus novelas *Marina* y *La ciudad dormida*; y otro de *fuerte raigambre nativa*, tremolante en su novela *El Vado de la Noche*, donde el paisaje y el hombre logran el difícil equilibrio de los valores. Hugo Montes y Julio Orlandi⁸, agregan a esta conquista de Yankas, el rasgo estremecedor del

“tono emotivo, corriente en los criollistas, no obstante el carácter secundario que dio a la emoción Mariano Latorre” (pág. 240).

Con *El Vado de la Noche* compartió junto al guatemalteco Mario Monteforte Toledo, autor de *Los Muros Invisibles*⁹, el Premio Latinoamericano de Literatura, en 1954, auspiciado por la Unión de Universidades Latinoamericanas. Es interesante destacar que ambas novelas gravitan encima del tema indio. Lautaro Yankas ya en 1932 volcaba su pasión por este cauce (*Flor Lumao*); Monteforte Toledo (nació en Guatemala, el 15 de septiembre de 1911), destrozó la superficialidad del tratamiento a “la vida india”, yendo, rectamente, a sus llagas, para denunciarlas y ganarles solidaridad y mejoría. Yankas no idealizó a nuestros mapuches, ni los trazó hacia abajo, hundiéndoles en desprecio; al contrario: los describe, sencillamente, según los trató, les quiere y les admira de sus años de Frontera:

“...desde que estás trabajando en el fundo y en esa máquina, se te olvidó lo que el huinca le robó al mapuche. Te amansaron. ¡Maldita sea! El indígena se muere solo y el huinca engorda día por día” (pág. 63).

La prosa de Yankas se muestra alta de palpitaciones; de sílaba a sílaba, se extiende su mano vigilante de artista; escenas como las del “Machitún” y “El entierro” raspan su lija de pavores encima de nuestros nervios; aquí, Yankas reúne

⁷*El Vado de la Noche*, 1960 (“Prolegómeno”, pág. 14), “Zig-Zag”.

⁸*Historia de la Literatura Chilena*, 1955, Editorial del Pacífico, S. A.

⁹¿No se evoca, inmediatamente en relación de familia, el título de Luis Oyarzún: *Las Murallas del Sueño...*?

sus ventajas de doble fuente; el pintor y el profesor de artes plásticas comparten los espacios sustanciales del relato; pensamos, para ventaja suya, en algunos cuadros de temática aborigen y volvemos a sus párrafos rasgados por el golpe del cultrún, erguidos en sanguínea y sugestión:

“El tam-tam arreció, se hizo desigual, convulso, amenazante; la ayudanta cogió el cultrún, lo golpeó con furia, mientras la machi se contorsionaba junto al enfermo, se acercaba a la herida con terrible voluntad, y sin tocarla hacía como que succionaba en el aire, una y otra vez, arrojando en seguida los humores malignos” (pág. 90).

Podría pensarse que nuestra Literatura Indianista principió con Pineda y Bascuñán, en su *Cautiverio Feliz* (comenzado en la Batalla de las Cangrejas, durante 1629); a la simpatía por el natural que Pineda despliega (*Después de haber cenado espléndidamente, y bebido de la chicha regalada del presente, nos fuimos al fogón (adonde el baile se había principiado), los caciques viejos y el de la Villarrica conmigo, quienes ME ROGARON que bailase con ellos, etc.*)¹⁰, agreguemos hoy que la de Lautaro Yankas, no erguida para halago, sino que para incitación de conocimiento en profundidad de sangre:

“—No mentir, señor, vaya a ver a Segundo en “Los Copihues”, allá está, pues, trabajando, y deja la ruca solita también. Mucha pobreza, ellos tener que buscar trabajo en alguna parte. Ellos lejos, la ruca triste, la china sin saber qué hacer” (pág. 184).

Concluye *El Vado de la Noche*, con un cuadro de sangre. Es el de la muerte de José Quital, quien *estaba en el fondo del tajo, con el agua hasta el pecho, resollando, acezando*. Carmela, su china, desesperadamente, se le abrazó. En esta mujer, que es Tierra, como todas las mujeres, palpita la esperanza del *otro destino* que sueña y anhelan todos los que hablan, en la novela, por boca del Viejo Trarilonco:

“Le dejaron un terrón de lo mucho que tenía y mañana también se lo quitarán. Pero el mapuche seguirá viviendo, mañoso y vengativo, hasta que tenga otro destino”, (p. 149).

¹⁰Las Mayúsculas las colocó el comentarista.

Más allá de la última página de *El Vado de la Noche*, combaten las luces de ese buen día generoso y humano. Es la prolongación moral de este singular libro chileno de Lautaro Yankas.